





# 1962

## ● Aurelio Manrique

Nació en San Luis Potosí, el 27 de abril de 1891. Realizó sus estudios con Bartolo Guardiola en el Instituto Científico y Literario de su ciudad natal. Obtuvo el grado de Profesor de educación primaria en la Escuela Normal de Maestros de Saltillo.

En su juventud, Manrique realizaba con frecuencia, al lado de sus amigos Juan Barragán, Pedro Antonio de los Santos, Manuel Aguirre Berlanga y Genaro Niño Arreola, reuniones políticas en contra de la dictadura del General Díaz.

Durante el inicio de la década de los años veinte y en compañía del ex zapatista Antonio Díaz Soto y Gama, fundó el Partido Nacional Agrarista, organización política que durante el régimen del General Álvaro Obregón tuvo gran fuerza política y llevó a efecto varias leyes agrarias. Con el apoyo del Partido Agrarista, Manrique lanzó su candidatura para la gubernatura de San Luis Potosí; la campaña se llevó a cabo en 1923 y tuvo como oponente a Jorge Prieto Laurens, a quien apoyaban las organizaciones cooperativistas. En ese mismo año, debían resolverse también las candidaturas a la Presidencia de la República del General Plutarco Elías Calles por un lado, y por el otro, de Adolfo de la Huerta. Álvaro Obregón apoyaba la candidatura de Calles, así es que, en el momento en que los cooperativistas de Prieto Laurens se declararon abiertamente huertistas, Obregón retiró cualquier simpatía que tuviera con el oponente de Manrique, lo que sin duda alguna ayudó a que la resolución final del Senado fuera favorable a este último.

No deja de ser interesante mencionar que, por medio de artículos en el periódico del Partido Nacional Agrarista, Jesús Silva Herzog ayudó a Aurelio Manrique en su campaña política. Como una muestra del grado de tensión y confrontación a que llegó la contienda electoral es importante citar las palabras de Silva Herzog: "En aquella época las luchas

políticas eran un tanto agresivas, pues a veces salían las pistolas y sonaban los balazos. Recuerdo que una vez iba con Aurelio Manrique al frente de una manifestación y de uno de los balcones de un segundo piso, donde estaba el grupo principal de los adversarios, los prietistas, hicieron una descarga y un pobre obrero electricista cayó muerto al lado mío.”

Al dejar la gubernatura, en 1928, Manrique rápidamente logró quedar dentro de la XXVIII Legislatura como Diputado Federal. Después del asesinato del General Obregón en el Parque de la Bombilla, Manrique estuvo convencido de que tal acto era obra intelectual del Presidente Calles, y a pesar de haber apoyado la campaña presidencial de éste, lo atacó en más de una ocasión públicamente. Por ese motivo, durante la lectura del cuarto y último informe presidencial de Calles, Aurelio Manrique interpelló en varias ocasiones al Presidente, incluso lo llamó asesino; de estas intervenciones, Miguel Alessio Robles nos dejó algo muy importante que merece citarse: “El Jefe del Estado, en la tribuna de la Cámara, leía su informe presidencial, que era transmitido por radio a todos los ámbitos de la República. La voz cavernosa del Jefe de la Nación resonaba en el recinto parlamentario de una manera solemne. La pálida figura de Manrique, de cuando en cuando se levantaba iracunda de su curul para lanzar imprecaciones quemantes, como lenguas de fuego llovidas del cielo.”

Tal era la inconformidad de Manrique con el régimen, que al año siguiente, en 1929, siendo Presidente interino Emilio Portes Gil, se alzó en armas, tomando parte de la revuelta escobarista que estaba dirigida contra Calles; desafortunadamente los rebeldes son derrotados y Aurelio Manrique es desterrado. En 1933, al retornar, organizó la Confederación Revolucionaria del Partido Independiente, con el fin de apoyar la candidatura a la Presidencia de la República de Antonio I. Villarreal.

Impartió cursos de español y literatura en la Escuela Nacional de Maestros a petición de la sociedad de alumnos. Así también, dentro de su actividad docente, dio cátedras en la Universidad Nacional de México. Ocupó diversos cargos públicos como Jefe de Información de la Secretaría de Gobernación; fue también Director General de Pensiones, organismo que posteriormente se transformó en lo que es hoy el ISSSTE. En su variada actividad, tuvo lugar la diplomacia, siendo nombrado Embajador en los países de Suecia y Dinamarca, durante un periodo de doce años; fue también Director de la Biblioteca Nacional.

En 1962, el Senado de la República le hizo entrega de la Medalla de Honor Belisario Domínguez. Aurelio Manrique murió en la Ciudad de México en el año de 1967.

### **DISCURSO DEL SENADOR AGUSTÍN OLIVO MONSIVÁIS**

Señor Presidente; señores Senadores:

En la encuesta abierta por esta H. Cámara de Senadores en acatamiento al decreto que creó la Medalla de Honor Belisario Domínguez, fue escogido el Profesor Aureliano Manrique para otorgarle tal presea, atendiendo a su gran calidad espiritual, en lo que tiene de esencia humana perdurable y por su obra limpia y generosa en la vida social de México.

Caballero sin miedo y sin tacha en una etapa decisiva de nuestra corriente sociológica, actuó determinado por el más elevado ideal, con los motivos más puros de la voluntad y con la más tesonera y valiente acción por las grandes causas populares.

En virtud de la carioquinesis social, como llaman los sociólogos de la escuela organicista, al acomodo en un nuevo régimen de las fuerzas vencidas, los conservadores habían plenamente logrado bajo el Gobierno de Porfirio Díaz, tal objeto. Su esfuerzo con este propósito comenzó al día siguiente de su derrota, en el año de 1867, en el inicio de restauración de la República con el triunfo de las armas progresistas.

Apremiaba entonces formar el capital, urgía el progreso material, era indispensable reconstruir una Nación desangrada por las luchas fratricidas, para cuyo logro el país necesitaba paz.

La Constitución se había enriquecido en la contienda, saliendo de ella más avanzada; y bandera contra el invasor simbolizaba el más prístino y puro sentimiento patrio. En la grandeza de sus preceptos garantizó la igualdad y la libertad, y a su amparo y protección se acogieron los conservadores para conculcarla en su beneficio.

Mañosamente sin constituir un partido político definido, dando a su expresión la forma de opinión abstracta, utilizaron su preparación y su economía para criticar en sus órganos periodísticos y en diversas formas, en nombre de la ley, de los principios y del desenvolvimiento nacional, a los hombres del Partido Liberal, y a su tesis, los que fieles a sus preceptos y en nombre de la libertad prefirieron soportar sin combatirlos su libertinaje.

Aquellos hombres tan valientes en la guerra, estimaron generosamente, con objeto de lograr la unidad deseada, que era preferible soportar la diatriba y la calumnia de sus contrarios, no obstante que llevaban sólo como objetivo la defensa de sus intereses particulares y egoístas.

Además, con las oprobiosas artes del cohecho para los malos funcionarios, de la dádiva vergonzosa o del elogio cortesano, en los albores del presente siglo, ya habían logrado incrustarse, con puestos importantes y determinar la conducta del régimen Porfiriano. Régimen que logró paz y progreso en el terreno material, a través de una acción personal y opresiva, a costa de la libertad, de la decencia y de la justicia.

En la lucha contra este ambiente, opresivo, se desenvuelve la juventud del Profesor Manrique, entonces estudiante del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, quien en aquellos sus días mozos, se lanzó, identificándose con la causa del pueblo, a sembrar la semilla de la rebelión y a combatir la larga dictadura porfiriana.

El ideal que se forjó en sus años juveniles lo ha acompañado en su vida, enriqueciéndose con el estudio, la meditación y con las enseñanzas de la realidad. Nunca se dejó fascinar por él, en ocasiones, avieso logro fácil del bienestar material; pues en su espíritu siempre tuvieron cabida los valores perdurables, únicos capaces de alentar a la sociedad en sus esperanzas, eliminar sus errores y traducirse en obra de verdad y duradera en las proyecciones del porvenir.

Al terminar la Revolución cuando escasamente sus objetivos fundamentales se encauzaban dentro de los cánones de la nueva Constitución de 1917, el Profesor Manrique

fue Diputado Federal integrante de la XXVII Legislatura. Miembro de cuatro Legislaturas en la Cámara de Diputados al Congreso de la Unión, fue un Diputado digno, que en el respeto absoluto para los principios democráticos y las normas constitucionales, mantuvo su puesto con decoro ejemplar, sin ceder ni a las dádivas, ni a las amenazas, ni a las lisonjas.

Sabido es que nuestra Constitución consagra como tesis fundamental de nuestra organización política la división de poderes, en un admirable equilibrio de fuerza. Es decir, establece, no la separación absoluta, sino la limitación de facultades tendientes a asegurar la armonía y el principio de unidad en la persona y voluntad del Estado. Esta tesis expuesta por Montesquieu, según su expresión para que el poder contenga al poder tiene por objeto garantizar las libertades humanas. Solamente así se consigue que el Estado no sea amo absoluto a costa de la libertad sino servidor de los intereses populares.

Al establecer lo anterior la Constitución, como todas las leyes, no toma en cuenta a individuos particulares, y sólo considera situaciones de tipo general y abstracto, atendiendo que los titulares del Poder Público no son dioses, sino humanos; sujetos de error, a los cuales hay que ayudar en el cumplimiento de su deber, mediante los mecanismos en que la realización de la justicia y del derecho se establecen.

Si bien es cierto que separación de poderes no significa antítesis, sino colaboración estrecha entre sí de las autoridades dentro de sus atribuciones legales, debe decirse que colaboración no es pensamiento unánime, o conformismo cortesano, pues los integrantes de cualquier sociedad nunca piensan uniformemente, y de su diversidad de criterio brota la resultante que señala el camino que conviene al interés colectivo.

El Diputado Manrique cuando llegó a disentir del pensamiento del titular del Poder Ejecutivo, levantó su voz clara y limpia rebatiendo las ideas que consideró contrarias a sus arraigadas convicciones, conservando siempre en alto el decoro y la dignidad de la representación popular.

Todavía vibran en el ambiente nacional, las palabras que pronunció en la tribuna de la Cámara de Diputados: Al indio hay que darle la razón aunque no la tenga.

La razón de esta sin razón se refería fundamentalmente al reparto de la tierra.

Manrique combatió sin dar cuartel al latifundio, trasunto de la encomienda y fuente generadora de la tragedia esclavizante de la gran masa campesina.

Cuando fue Gobernador de San Luis Potosí, a las defensas de los terratenientes, constituidas por las interpretaciones legalistas judaicas y por toda clase de obstáculos tendientes a frustrar uno de los más grandes objetivos de la Revolución, les contestó dándole la razón al paría en su demanda justiciera de pan y de alfabeto, y mediante la entrega de la tierra, reconociendo su libertad y reivindicándolo como persona.

En el año de 1928 regresó al Congreso de la Unión. Siguió al General Obregón, no porque era caudillo invicto; ni porque fue héroe vencedor en cien batallas; sino porque iba a realizar una de las demandas más caras del pueblo: el reparto de la tierra.

Tan grande ha sido y es este propósito fundamental que abarca la totalidad de nuestra vida colectiva, que ha sido reconocido en justicia, internacionalmente y en la actuali-

dad forma la meta primordial de nuestro gran Presidente en la dolorosa pero espléndida tarea de la realización de la justicia social.

El Profesor Aurelio Manrique es paradigma del buen funcionario que desdeñando la atención de la riqueza, va al puesto público a cumplir con su deber y a servir con rectitud y honestidad en beneficio del pueblo.

Desempeño varios cargos de elección popular y administrativos y nunca arribó a ellos con la desenfadada pasión del enriquecimiento inmoral a costa del erario público.

Nunca amasó fortuna por sí o por interpósita persona, ni grande ni pequeña, cuyo origen y limpieza no pudiera explicar.

Fue a los puestos públicos y esto dicho como verdad auténtica, no como frase demagógica, sin el ánimo perverso de traficar ni de enriquecerse; sino con el deseo de trabajar con honestidad. Por eso ha podido exclamar a la luz meridiana satisfecho con su conciencia, que tiene las manos limpias de la plata y de la sangre del desventurado pero esforzado pueblo mexicano.

Era el tiempo en que gobernaba el ciudadano Presidente General Plutarco Elías Calles, destacado guía de la Revolución, cuyo saldo en los motivos del pueblo está fuera de discusión. Le es favorable. Pero si he dicho algo de su actuación es porque no fue semidiós, porque fue hombre, razón demás para reconocerlo; pero como humano también tuvo sus errores. Alguna vez lo combatió Manrique con la virilidad que lo ha caracterizado siempre y con el calor que ha puesto en las convicciones de su ideal; aún a costa de exponer la vida, porque no hay que olvidar que en aquellos días se hacía la política, la mayoría de las veces, con las manos bañadas de sangre.

Ningún grupo humano es superior al marco de su historia. Educados aquellos hombres en una lucha tremenda, que acababa de pasar, mediante la que se derrocó a un régimen absolutista, injusto y opresor, en la que corrió sangre a torrentes, y en la cual fueron actores, sentían en su espíritu, antes que la vida institucional que apenas germinaba, el impulso explicable del rudo cabalgar del corcel de guerra en el fragor de la contienda.

En todas las revoluciones del mundo, los mismos hombres que sin dejar de ser revolucionarios llegan al triunfo, se dividen por el anhelo humano de servir a la colectividad, mediante sus propias ideas, nacidas de su sinceridad, señalando sus caminos para alcanzar la obra final.

Así aconteció en una de las más grandes revoluciones que presenciaron los siglos, la francesa, en la que después de haber abatido al absolutismo real acabando con las viejas normas despóticas que venían desde el medievo. Después de haber terminado con el reinado de Luis XVI, y con él, haber hecho desaparecer para siempre el fundamento erróneo del derecho divino como base del Estado, para sustituirlo por la tesis más humana y justiciera de la soberanía popular que iba a servir de base a la democracia del mundo entero, sin dejar de ser revolucionarios, lucharon entre sí girondinos, montañeses y jacobinos que formaron la nueva Nación francesa.

En nuestro México, después de la Convención de Aguascalientes, lucharon entre sí, sin dejar de ser revolucionarios, carrancistas, villistas y zapatistas; pero a pesar de todo,

haciendo a un lado miserias humanas, debe afirmarse que todos contribuyeron con su esfuerzo a la gran causa de México.

Esta actitud continuó por inercia psicológica y material, cuando la vida del país comenzaba a sujetarse al imperio de la ley. Con gran pasión se discutían los asuntos de interés general, abierta y claramente, pero se resolvían con la contienda.

En el año de 1929, un grupo de revolucionarios al que pertenecía el Profesor Manrique, juntamente con parte de aquel Ejército apenas en formación, se rebelaron contra el General Calles. El Presidente los venció.

Cuando aquellas fuerzas estaban empeñadas en la terrible batalla, Aurelio Manrique, como caballero, como hombre, en aquella hora acerba recorría la línea de fuego arengando y alentando con su actitud, a los partidarios combatientes, en los bastiones en que la lucha era más cruenta y encarnizada.

Después de este episodio, Manrique caído, pero entero, sin haberle menguado la derrota un ápice de su calidad de revolucionario sincero, era el último rebelde que cruzaba la frontera para ir a comer a la casa ajena el pan amargo del destierro.

¡Don Quijote se va de México!

Manrique es espejo de honestidad, de integridad y de idealismo. En él renació el alma del caballero clavileño. Desde muy joven embrazó su adarga, tomó su lanza y dejando la molicie, caballero del ideal, recorrió los campos de Montiel, que en el caso fueron y son grandes caminos de México.

Luchó con tesón deshaciendo agravios y enderezando entuertos en un pueblo en desenvolvimiento, generado por el derecho de conquista, medio propicio para la existencia de grandes e injustas desigualdades de todo orden, con necesidades acumuladas y presa de siglos por la ignorancia y la miseria, males a los que todos los buenos mexicanos han combatido.

En este ambiente ha lidiado sin tregua, contra los encantamientos de la falsedad; contra los molinos de viento de las injusticias sociales y contra los titiriteros desbaratándoles el retablo de la simulación de las grandes causas.

Por los elevados valores que rigen su conducta, es un gran ejemplo para la juventud.

Debe ser un ejemplo, sobre todo, en esta época difícil, de tremenda crisis de los deberes morales, en que las falacias opacan el pensamiento y equivocan el juicio recto. En esta hora desconcertante en que el sentimiento humanista que crea, ha sido vapuleado por el odio destructor, y en que la acción se precipita sobre el acomodo, no siempre digno, y el triunfo fácil, endeble y pasajero.

Los viejos sistemas político-sociales que en sus tiempos llenaron y determinaron el ambiente y condujeron la vida, han demostrado su incurable impotencia para satisfacer las necesidades ingentes de los pueblos.

Ha avanzado mucho la civilización, al grado de que el hombre tiene en sus manos una gran fuerza, la más potente que hasta ahora haya existido, con una gran capacidad destructora, que casi lo convierte en su siervo, lo angustia en su alma y lo amenaza en su existencia, contrariando los fundamentos mismos de la vida, porque las fuerzas naturales

no deben nunca perjudicar al hombre, como medio; sino el hombre es quien debe encauzarlas en su beneficio como fin.

En este panorama sombrío, sólo los mandamientos enseñoreando el pensamiento pueden conducir al hombre, que es principio y es fin en sí mismo, por el ancho camino del verdadero progreso, conforme al apotegma latino el espíritu vence a la materia.

Señor Profesor Don Aurelio Manrique: El honorable Senado de la República a través de su Presidente, me ha honrado confiriéndome el encargo de felicitarlo. Él lo elogió a usted para condecorarlo entre todos los ciudadanos de México, por las virtudes que forman su conducta, confirmando con una excepción la sentencia del inmortal poeta Díaz Mirón.

Por su idealismo puro; por su honorabilidad intachable, por su convicción revolucionaria firme; y por su esfuerzo valiente y limpio en las causas del pueblo, este respetable Senado le abre los brazos y ha acordado otorgarle la condecoración más alta del heroísmo civil, la Medalla Belisario Domínguez, porque considera que su persona es ejemplo noble para la juventud, esperanza de la Patria.

### **DISCURSO DEL PROFESOR AURELIO MANRIQUE**

Ciudadano Presidente del Senado; ciudadanos comisionados de la Cámara de Diputados; ciudadanos Senadores y Diputados; ciudadanos representantes del Poder Ejecutivo; ciudadanos representantes del Poder Judicial; maestros, compañeros y amigos:

Que se me perdone el comenzar por una cosilla completamente personal, pero que juzgué necesario mencionar: por culpa de alguna inoportuna e inesperada aficción de mi vista no pude contar, como hubiera querido, con las condiciones necesarias para escribir, lo que habría facilitado el poner en orden mis ideas y el precisar y fijar conceptos. Acaso tenga, en cambio, algo más de espontaneidad mi oratoria, mi oración de este día, de este momento. No que incurra yo en la ingenua vanidad de creer que puedo decir palabras perdurables; todos decimos alguna vez palabras que se lleva el viento. Pero no quisiera yo decir palabras banales o triviales y menos aún un discurso a la buena manera antigua, a la buena manera porfirista, por ejemplo, lleno de retórica; si algo nos ha enseñado la nueva generación, si algo nos han enseñado los nuevos luchadores, ha sido cabalmente el desdeñar el alíño o la elegancia del lenguaje como finalidad o como cualidad esencial de un discurso. La Revolución nos enseñó a expresar con firmeza y claridad nuevas ideas.

Esta reunión de hoy, este momento supremo lo vivimos bajo el signo de Belisario Domínguez, que podría haber sido, y cuán honrosamente, senador romano. Este hombre bueno, limpio y recto nos enseñó sobre todo una lección de vida buena y de vida patriótica. Buen mexicano, y por qué no, buen chiapaneco, honra a su provincia, honra a su tierra natal, la tierra chiapaneca, la feraz tierra chiapaneca, que tuvo desde los albores de nuestra independencia, la noble y gratísima actitud de querer su incorporación a la nueva Patria mexicana, a la Patria que nacía a la vida del mundo, a la vida de país independiente; y esta actitud, esta noble actitud chiapaneca, signo de compenetración, de comprensión de lo mexicano, acaso no haya sido plena y rectamente compensada siempre por nuestro país, por el resto de nuestro país. Que no se olvide la deuda contraída con aquella región y que



se haga aún más de lo que se ha hecho para incorporarla, en el sentido de las comunicaciones, por supuesto, y también en el sentido de la formación espiritual.

Hablo, en primer lugar, debo recordarlo, ante aquellos que me han precedido en la Revolución y en la vida del país y en la emoción de este momento en que a un hombre a quien se atribuye acertada o equívocamente, pero sinceramente siempre tales o cuales méritos, se le premia o se le señala con una correspondencia, perdón, con una comprensión que supone el deseo, que supone el deseo de honrarla. Recuerdo alguna expresión del General Obregón a quien oí decir alguna vez, que nada de lo que nos agrada es extemporáneo, nada de lo agradable lo hallamos extemporáneo, sería, pues insincero el hablar o el subrayar la afirmación o la aseveración de que se halla inmerecido un homenaje, lo esencial es que el homenaje es sincero y supone una corriente espiritual en determinado sentido. Para mí es muy grato el ver ante nosotros, ante mí, es decir, cerca de nosotros, a Roque Estrada, a quien recuerdo joven y juvenil, nervioso, activo, con una oratoria lógica, cortante, llena de ironía, a veces hiriente para el adversario, le recuerdo en aquella placita de La Merced, nuestro Jardín Colón de San Luis Potosí y en la estación del ferrocarril, al lado del Señor Madero, cuyo Secretario y leal compañero era en aquella andanza, en aquella noble aventura. Le recuerdo hablando al país de una vida nueva; le recuerdo exaltando los valores que atribuía ya a la noble creación de su imaginación juvenil. Desaparecido ahora aquel hombre noble y bueno que fue Don Erasmo Castellanos Quinto, sólo quiero evocar su memoria.

Tengo un saludo para la Señorita Rosaura Zapata, también sembradora, ausente en estos momentos de esta sala, y, por supuesto, un recuerdo para un precursor, el General Esteban Baca Calderón, el compañero de presidio de Juan Sarabia, de Manuel M. Diéguez y de Juan José Ríos y de algunas otras víctimas de una dictadura que creía necesario para afianzar su poder y para justificar su prestigio, tan falso a veces y tan inconsistente en algunos aspectos con la existencia de presidiarios, con la presencia, es decir, con hundir en las tinajas de San Juan de Ulúa a los hombres mejores del país, a los hombres inconformes con el régimen oropelesco, sin duda con título de seriedad también, pero tan lleno de inconsistencias, coloso de pies de arena, de base de arena.

Para Esteban B. Calderón, ahora desaparecido, Senador hace algunos años, mi recuerdo, nuestro recuerdo también.

Para Antonio Díaz Soto y Gama, potosino ilustre, mí maestro y guía en años de prueba, sincero siempre, limpio y desinteresado.

Mi homenaje al ideólogo, al teórico de la Revolución y también, por supuesto, al hombre lealmente identificado con la causa más noble, más perseguida, más duramente tratada acaso por el destino en los años de prueba, que fue el movimiento agrario mexicano, el movimiento zapatista del sur de México.

Para un precursor de la Revolución Mexicana, un revolucionario mexicano, también precursor y actor en un movimiento que es también Revolución, aspecto integrante de la Revolución Mexicana; la Revolución artística, el Dr. Atl, nuestro Gerardo Murillo, el precursor, con Ramón Alba de la Canal y Don Diego Rivera y con Orozco y con David Alfa-

ro Siqueiros, de lo que se llamó el muralismo mexicano, es decir, del arte revolucionario mexicano en lo plástico.

Y cómo no saludar, lamentando su ausencia, a ese otro joven abuelo, que es el General Heriberto Jara, precursor y soldado de la Revolución, leal a su pasado y, lo que acaso vale más, leal al porvenir.

Para Isidro Fabela, leal a su causa, leal a su Jefe caído, amigo y guía de Venustiano Carranza; para el Licenciado Don José Inocente Lugo, precursor y luchador leal de la Revolución, para todos y cada uno de los que me han precedido en la Revolución de fijo, en la lucha ciertamente, y en la emoción, en la noble emoción de estos instantes.

Creo que las palabras con que se me ha aludido son sinceras y por ello las agradezco y me hacen bien. De las palabras de Berrueto Ramón, de Federico Berrueto Ramón, mi joven camarada y guía en la Escuela Normal de Saltillo hace cuarenta y dos años, en mi contacto con los estudiantes de aquel noble plantel; para Federico Berrueto Ramón mi agradecimiento por la alusión sincera y grata que tuvo para mí. Para Olivo Monsiváis, gracias naturalmente por sus elogios y por sus juicios, sin que la lealtad deje de obligarme a mencionar, una cosa secundaria por supuesto, un detalle que, pues lo escuché, no debo dejar inadvertido por poca que sea su significación. Así fue que Monsiváis me atribuyó aquel pensamiento, aquel lema de combate de otro revolucionario, aquello de que hay que dar la razón al indio, aunque no la tenga. Claro que se trata de un pensamiento en que hemos coincidido quienes reconocemos la justicia y la bondad fundamental de la causa agrarista y de la causa indigenista, pero ese pensamiento corresponde, como todos saben, como muchos recuerdan probablemente, aunque tenga ya algunos años, al Licenciado Genaro V. Vázquez. Secundario acaso el detalle, pero yo no podía atribuirme a tomar una plumilla de grajo que no me corresponde.

Entonces debo, por supuesto, referirme esencialmente a lo que pueda significar para mí y para mi país este momento, el haberseme asignado, otorgado, por méritos que se me atribuyen, la Medalla Belisario Domínguez. Digo que estamos bajo el signo de Belisario Domínguez; Belisario Domínguez nos legó a todos, al país, ennobleciéndolo, un noble ejemplo. Me lo imagino en la soledad del cuarto del hotel, próximo él al lecho del hijito suyo; y no se trata de un arrebato, no se trata de una de esas actitudes heroicas que la gloria estimula, que el ambiente o el aura popular explican; calladamente, con la plena conciencia de sus actos y de sus consecuencias, escribe su discurso que ha de costarle la vida, ¡Ah!, pero el discurso ha de ser pronunciado, si fuere posible será leído, y aquel hombre de cincuenta años apenas, no dotado de un gran vigor físico quizá, ¡Ah!, pero equilibrado y sano, aquel hombre que con la clara conciencia de sus actos escribe el discurso contra el dictador, contra el tirano Victoriano Huerta. Se hablaba de Huerta en aquellos días en voz baja, la Ciudad de México padecía, angustiada, ambiente de terror, y Domínguez, con la clara conciencia de lo que iba a significar para él el discurso que sería leído poco después en el Senado, Belisario Domínguez escribe, dice su pensamiento, pleno y claro, hiriente, enérgico, contra el dictador. Le costaría la vida, él lo sabía bien. Y le costó la vida. Aquella misma noche le arrebataban los sicarios que le acechaban y le llevan para morir oscura-

mente en algún sitio apartado, alejado de la ciudad. Pero, muerto para la vida física, nacía su retórica, para la vida de la inmortalidad, le ennoblecía su sacrificio y nos legaba no sólo un estímulo para realizar el programa revolucionario, sino un estímulo para todas las ciudades. Fue Domínguez honra de su país, honra de su región, honra indiscutiblemente del género humano; habría merecido ser uno de los varones de Plutarco.

Dichas ya estas palabras sobre el sentido de la presea o de la Medalla Belisario Domínguez, no insistiré, por lo que a mí toca, en que cualquiera que sea la diferencia entre los méritos que se atribuyan a un hombre público y las realidades comprobables o verificables, claro que hay una honda sinceridad en esta decisión y es por eso honroso, sin disputa, el aceptarla. Plutarco recordaba que los elogios suelen ser para algunos jóvenes motivo de vanidad, en tanto que para otros son verdadero motivo de estímulo. Si yo tengo aún algo de juvenil en mi espíritu, no he de olvidar la lección y considerarla, por lo que me resta de vida, como aliento para vivir, vivir noblemente y como aliento para no mancharme. Pero, dejando a un lado lo personal, yo quiero decir algo más sobre lo que creo y espero del país, de nuestro país, y del mundo, por supuesto, del que somos ya indiscutiblemente parte integrante. Creo en mi pueblo, creo en la juventud de México y creo en el porvenir de México; creo que la Revolución, en su balance, en su saldo final, contiene entre otras cosas, estímulo para una vida mejor y para una vida más noble en la juventud. Cualesquiera que sean los impulsos, las razones que empujen a la juventud actual a la decepción o al pesimismo, yo no creo que se tenga derecho de predicar contra la juventud, creo que si la juventud actual en México, como en el resto del mundo, tiene momentos de frivolidad, no es la frivolidad su característica, si la juventud actual baila twist, nuestra generación bailo algún otro baile atormentado; y esto no es bastante para juzgar a un pueblo ni para juzgar a una juventud. Creo que la juventud actual no ha recibido siempre estímulo y ejemplo recto de parte de nosotros, sus mayores. Yo no quiero hablar ni puedo hablar en tono de Zaratustra ni en tono de profeta, es propio de cada vida humana el entusiasmo y la pasión en ciertos momentos y luego, en el ocaso de la vida, ya decepcionados, desencantados, señalamos la inutilidad de la lucha. El espíritu atormentado del Libertador de Sudamérica, alguna vez, en su larga, dolorosa vigilia de San Pedro Alejandrino, pudo decir a los amigos cercanos, con un profundo desaliento, he arado en el mar, y sin embargo, este es nuestro sino, nosotros, revolucionarios mexicanos, si alguna vez hemos creído en la lucha, no hemos creído en el fragor de la lucha, en la bondad del México futuro no perdamos esta fe y, amigos jóvenes, sigamos arando en el mar. Este es el sino y este es el destino de los luchadores, y las decepciones no bastan para alejarnos de la lucha, porque la lucha es como la razón misma de ser y la esencia misma de la vida.

Quiero también recordar que tengo en sí por mis reflexiones, que tengo por honroso para el Senado el haber otorgado una recompensa y para quien recibe esa recompensa, honroso el aceptarla, porque no hay, porque no puede haber entre la ilustre Cámara de Senadores y recipiendario, como se dice a veces, un pacto, ni un convenio expreso ni tácito, para que el luchador de antaño, se convierta, definitivamente renunciando a lo que le reste de porvenir, en un hombre silencioso y conforme.

El largo silencio del porfirismo se caracteriza por la conformidad, por la dolorosa y callada aceptación de las injusticias sociales. Apenas aquéllos que las sufrían en su propia carne doliente, acumulaban justo y humano resentimiento y la lejana esperanza de un día en que apareciese para todos, para los oprimidos, la aurora de una redención, de una reivindicación. Luego, la Revolución Mexicana, plenamente justificada ahora, si se hace de ella un sereno balance, un sereno análisis, la Revolución Mexicana plenamente justificada ya ante la historia, fue expresión de ese movimiento de inconformidad enderezado no sólo contra la pasividad común, contra el pasado en lo que tenía, naturalmente sólo en lo que tenía de injusto. Los que quisimos la desaparición del pasado y el advenimiento de una vida nueva, salvo en momentos de pasión naturalmente, no quisimos nunca apoco que reflexionásemos y nos esforzásemos por forjar y definir un ideario para la vida mexicana, no creímos nunca que todo el pasado había sido obra vana y estéril. El mundo vive también de su pasado, que es creación de otros hombres y que fue, acaso en algunas de sus instituciones, utopía cuando se le concibió, pero la Revolución Mexicana quería una vida nueva, una vida de equidad o de igualdad social para el doliente pueblo obrero y campesino. La Revolución Mexicana quería justicia social y quería por supuesto justicia y libertades políticas. Pero poco a poco los ideólogos de la Revolución y los luchadores de la Revolución, advirtieron que no bastaba la simple reforma política. Que la reforma política era cosa vana e inconsistente si no la acompañaba y si no la precedía, si posible la redención, la reforma, la creación de una vida social más justa que la del porfirismo. Vino entonces, ¡Qué explicable! aquella llamarada de pasión que fue la lucha de estos años, qué explicable entonces que la pasión no haya sido toda contra el pasado porfirista, contra el científico, contra el terrateniente, etc., sino también para aquel hermano, para aquel compañero, para aquel camarada que parecía alejarse de la vida revolucionaria, traicionar la vida revolucionaria se decía y se dice aún en momentos de pasión.

Para mí una de las cosas más nobles y más interesantes del dictamen de la Comisión de Postulaciones, no es el final en que se me alude, de fijo que no, sino el momento en que la Comisión se detiene a reflexionar sobre lo que fue la lucha de facciones: todos fuimos facciosos, hablo no sólo de los iniciadores y precursores, sino naturalmente de aquéllos que lenta, posteriormente, fuimos agregándonos por natural contagio mental, por aparición y por exacerbación de nuestra sensibilidad, agregándonos al movimiento revolucionario iniciado por unos pocos. Lucha de facciones aquella. Aquel atormentado espíritu que fue un maestro de escuela argentino, Pedro B. Palacios, alma fuerte dijo alguna vez en una de sus paradojas, "que para llegar a Cristo es necesario pasar por Dimas, y para llegar a Dimas es necesario dejar atrás, muy atrás, el ambiente irrespirable de los perfectos y de los puros."

La Revolución Mexicana, cualquiera que haya sido la nobleza y la intensidad de la pasión de los revolucionarios, fue lucha de facciones, es decir, lucha en ciertos momentos tocada, si es muy duro decir manchada, de exceso de pasión, de injusticia para el compañero, para el amigo de otra facción, olvido de lo necesario que son las cosas humanas, el esfuerzo para buscar lo que los hombres tienen de común, aun aquéllos aparentemente

más alejados entre sí. Santa y noble y respetable la facción zapatista, porque quería fundamentalmente justicia al campesino, justicia al hombre del campo; recta y noblemente inspirada en la mayoría de sus actos y movimientos, la revolución inicial maderista, a la que se acusa a veces de incompreensión, de incompleto conocimiento de la realidad mexicana, como si este error, aun suponiéndolo indiscutiblemente decidido, pudiera ser sólo el error de unos cuantos hombres, del puñado de iniciadores, si fue el error de la Nación entera, si la Nación entera, que había vivido largos decenios de inquietud y de conformidad y de resignación, no podía, frente al problema de una reforma, tener, como lo tuvieron los Flores Magón por ejemplo, un sentido claro de porvenir y de un ideario definido. Las vacilaciones e imperfecciones del movimiento maderista y los errores políticos, más o menos serios, que pueden ahora tan fácilmente señalársele a distancia de algunos lustros, eran el resultado fatal e inevitable de la quietud y del marasmo porfirista, y luego, cuando por fin la Revolución avanza en un sentido de reforma radical, es claro que a Carranza, al movimiento carrancista, a quien es ahora tan fácil imputar limitaciones y negar todo espíritu revolucionario; a Carranza y los suyos, con su esfuerzo, con sus ideas y las que les imponía la mentalidad de hombres del norte, la formación cívica, política y por supuesto, las características del régimen de la tierra, les impedía ver la honda justificación del movimiento suriano. Obregón, y con él los obregonistas, hombres con sentido ya más preciso, ya más sólido de la realidad mexicana; Obregón recto, firme, sólido, ingenioso y, lo que es más, inteligente, Obregón ve más claro el algunas realidades mexicanas y señala un camino definido en el sentido de la Reforma.

Justo reconocer aquí la importancia de la facción o factor villista, sin duda revolucionario y de cepa popular y de suprema eficacia militar o guerrera, si bien acaso excesivo a veces en el resentimiento y la violencia.

Calles, con limitaciones innegables, pero con aciertos innegables también; Calles, a quien se puede juzgar con natural y fácil serenidad a través de algunos decenios; Calles, limitado su pensamiento y limitada su cultura en ciertos aspectos, y por ello revolucionario menos completo; Calles tiene en cambio un claro sentido de la necesidad de ciertas reformas que suponen, en México, mayor preparación técnica y aborda, por supuesto, la creación de vías de comunicación, como cosa esencial, y aborda otras reformas urgentes para el saneamiento de la vida administrativa de la Nación. Más tarde, otros presidentes también revolucionarios, expresan cada uno su mentalidad propia y obran de acuerdo con las exigencias del momento, con la nueva realidad histórica, cada vez modificada por cada grupo revolucionario, y naturalmente dejan la huella más o menos honda de su personalidad.

Para mí, inevitable y clara, clara y lógica, la mención de Lázaro Cárdenas, la mención de Lázaro Cárdenas, no como simple dato de fácil erudición histórica, de fácil memoria del pasado cercano, sino como expresión de mi juicio definitivo sobre el hombre que deja huella en la vida de México, que leal a sus convicciones, trata no sólo de expresar sino de realizar sus ideas, de acuerdo con su concepto o su juicio de la vida del país.

Y tras él otros hombres, también revolucionarios, con los naturales distinguos, que sobre la facción hicimos hace un momento, de acuerdo con el dictamen de la Comisión de Postulaciones a que vengo refiriéndome.

Cada uno de ellos creen en México. Alguno o algunos parecen perder la fe en los destinos del país; parecen olvidar por un momento el país y olvidar que lo único importante y esencial es el consagrar su pensamiento, el del hombre público, a la vida de los demás y al interés de la colectividad. Parecen pensar, en ciertos momentos, sin dejar por ello de luchar por el país, por el progreso material del país, y recordar un poco el aspecto cultural esencial, parecen olvidarse un poquillo de ciertos preceptos de moral universal y de la fe en la Revolución. Pero todos ellos, aun éstos, aun los pecadores si pudiera señalárseles, han dejado huella grata y positiva en la vida de México en más de un aspecto. No me toca insistir en esto a título de supremo definidor de la Revolución, que no lo soy y será tipo del que abomine siempre. Creo que lo esencial para juzgar a los hombres es ser humano, sobre todo cuando ya la vida lo permite, cuando ya la edad lo permite. Si la serenidad es rara y casi absurda en los jóvenes, que tienen no sólo el derecho sino casi el deber de ser intransigentes, podría acaso resultar, la serenidad digo, es decir, si la serenidad podría resultar ilógica en los jóvenes, acaso contrariamente, la intransigencia y la pasión excesiva con las injusticias o limitaciones de juicio que suelen acompañarlas, podría resultar absurda en los viejos. Pero sea de ello lo que fuere, creo que debo concluir expresando mi fe en la Nación mexicana, mi fe también en el futuro del mundo, y mi honda alegría al advertir que comienza a entenderse en México, tal es mi atisbo, mi impresión personal, que la Revolución Mexicana vale sobre todo no solo por ser mexicana, por regional o limitada a una región del mundo, a una zona concreta del mundo, sino por lo que tiene de eterno y de universal.

A mí me hace sonreír, me ha hecho sonreír en los últimos años, en los últimos lustros, la persistencia con que algunos escritores o analistas, con que algunos revolucionarios inclusive, como expresión acaso de un oculto temor o de una oculta fobia, declaran dogmáticamente que la Revolución Mexicana es hecho histórico único y aislado. Alguna vez Doña Emilia Pardo Bazán, la ilustre escritora gallega del pasado siglo, refiriéndose a la escuela literaria realista, decía, en un párrafo interesante, esto más o menos: hablaba de jóvenes literatos o de jóvenes de escuelas literarias nuevas y ella se refería sobre todo a los franceses que declaraban haber nacido espontáneamente, les atribuía el no tener padre ni madre, como los hongos, para morir, decía ella, "para morir como los hongos también y no dejar tras de sí sino un poco de polvo negruzco que el viento dispersa."

No, ni en literatura, ni en arte, ni menos aún en la vida política, hubo nunca originalidad plena y perfecta, ni la Revolución Mexicana fue nunca original, ni la Revolución Mexicana es hecho histórico aislado y señero en el mundo: la Revolución Mexicana es, a su modo, con sus características propias, hecho universal, una expresión más de hechos universales, el anhelo del hombre por la realización de una vida mejor, el anhelo del hombre por realizar lo que otros ya más o menos imperfectamente han realizado. Claro que esto no excluye la individualidad del esfuerzo ni el derecho a la propia perso-

nalidad, el deber de cultivarla, pero esforzándose por mantenerse en guardia, por huir de la vanidad de declararse únicos y solos. Es interesante y hace sonreír el advertir que, encomiando a la Revolución Mexicana, muy legítimamente por cierto, como cosa nuestra y buena y siquiera parcialmente lograda, es gracioso y es contradictorio que se elogie a la Revolución Mexicana y se le señale como modelo y paradigma para otras democracias, para otras zonas del mundo y, en cambio, se niegue todo contacto, todo parentesco de la Revolución Mexicana con otras revoluciones que con ella han coincidido, o que la han precedido en la historia. No, la Revolución Mexicana tiene, y cabalmente por eso es eterna, tiene de esencial lo que tiene de humana, volver la vista a otras latitudes y a otros países, como también se ha vuelto perennemente la vista hacia pueblos que fueron, que nos precedieron en la historia. Es humano y natural y legítimo, y no es vergonzoso para el revolucionario mexicano el confesar o el proclamar, según el grado de su pasión, sus afinidades con otros revolucionarios del mundo. Pero no es absurdo el advertir que tratándose de la vida espiritual, por ejemplo, se reconozca que el problema del hombre frente al problema de la muerte, de la vida, frente al pecado, es cosa universal y, en cambio, no se abordan otros problemas que en cierto motivo, para un espiritualista son más pequeños y menos dignos de atención, y se declare que el hombre no tiene derecho de imitar, ni tiene derecho de inspirarse en la experiencia y en las lecciones que dan el dolor y la vida a otras gentes y a otros pueblos. Claro que esto, permítaseme repetirlo, no excluye la necesidad de la individualización y de la subjetivación, por supuesto que no. Suele decirse, por ejemplo, bueno, decía el pasado siglo José de Maistre, el pensador francés, decía dogmáticamente una paradoja que tiene su punto de justificación: “yo no he visto nunca al hombre, decía De Maistre, sólo he visto franceses, italianos, alemanes.” Pero entonces se niega la legitimidad de buscar un denominador común a los problemas de las gentes y a las características de la vida humana, lo mismo en lo fisiológico que en lo social. La ciencia ha dicho con razón, y se recuerda constantemente, que no hay enfermedades sino enfermos, que la terapéutica, que la farmacopea no puede ser eficaz en idénticas dosis, en iguales medidas, etc.; para cada hombre, para cada tipo humano, para cada sujeto, para cada paciente; ya sabemos que en derecho penal se dice con sabiduría, para evitar errores de la generalización excesiva y de las normas fijas, suele decirse, explicaba, que no hay delincuencias sino delincuentes, etc. De manera que nos hallamos frente a una contradicción sólo aparentemente insoluble. Por supuesto que la individualización excesiva, la creencia en que sólo existen individuos, nos lleva a la atomización y a la dispersión de nuestra energía y de nuestro pensamiento. Pero que no se incurra tampoco, es decir, que haya que estar en guardia contra la individualización excesiva; que ésta sea como una saludable observación que no nos impida llegar a generalizaciones necesarias e inevitables. La experiencia política de otros pueblos, la legislación lograda por otros pueblos, la experiencia en materia social, también son cosas aprovechables que tenemos el derecho y el deber y la legitimidad, digamos en lo intelectual, para aplicar a nuestras experiencias personales, a nuestras experiencias regionales.

Ahora, que se me permita, evitando hablar como quien da consejos, que es cosa necia, expresar solamente mis votos, mis deseos profundos porque cese ya, siquiera un poco, la intolerancia de los luchadores y de los ancianos. Creo que la juventud tiene derecho a pensar, disintiendo de nosotros, como nosotros, jóvenes alguna vez, en alguna ocasión, ya lejana, osarnos disentir de los viejos de nuestra época. Si fuimos iconoclastas e inconformes, comprendamos y toleremos y perdonemos que la juventud sea iconoclasta para con nosotros y para con las instituciones que nosotros hemos contribuido a crear en alguna medida. ¿Por qué engolosinarnos, por qué engrairnos, si el engrimiento fue siempre signo de decadencia, por qué engrairnos con nuestras sucesivas constituciones? Yo me explico, el orgullo, y aun la actitud sentimental de José Inocente Lugo frente a su Constitución de Chilpancingo, un primer balbuceo de nuestra vida en esa era de México, comprendo que se añore la Constitución de Apatzingán, comprendo aun que se tenga legítimo orgullo por nuestra Constitución de 1857 y acepto, creo que aceptarnos todos, la bondad fundamental de la Constitución de 1917, y están aquí presentes escuchándome y ojalá no me rectifiquen, los luchadores de Querétaro de 1917, Carranza tuvo la visión de señalar y esforzarse por concretar la vida nueva de México y marcarle nuevos rumbos, y los constituyentes crearon normas de vida institucional, de vida política y social que no podrían ser definitivas, prueba la serie de reformas, más o menos acertadas a nuestra Carta Magna en la serie de los últimos años. Pero, ni la Constitución Política de México de 1917 puede ser definitiva, ni nadie podría razonablemente crearlo y procurarlo. Creo en mi país y en su porvenir, creo en su juventud y sólo deseo que los regímenes, sólo deseo que los sucesivos regímenes revolucionarios y por supuesto, concretamente, el régimen actual no pierda un instante su fe en el porvenir del país y se alejen de toda medida represiva que sea expresión de un oculto complejo, toda medida represiva que exteriorice un oculto temor y una correlativa falta de fe en las gentes que desean innovaciones en la vida de México.

Yo proclamo, sin que esto signifique el acompañar o el coincidir con cada uno de los nuevos luchadores inflamados de una nueva fe, proclamo el derecho de estas gentes al respaldo colectivo y al respeto de los regímenes mexicanos. Creo que lo que hoy parece absurdo, mañana puede ser justificado por la realidad; creo que la utopía de hoy puede ser la realidad de mañana y proclamo el derecho fundamental, si somos creyentes sinceros y leales de la libertad de pensamiento, el derecho fundamental de esas gentes a creer y a expresar su creencia, derecho absolutamente respetable e intocable para nosotros. Que el siglo pasado ya ironizaban los retrógrados, como se les llama apasionadamente, ya ironizaban sobre los naturales y humanísimos desvíos de los libres pensadores de la época y había alguna coplilla que es fácil recordar, atribuida, es decir, aplicada al librepensador: El pensamiento libre proclamó en alta voz y muera quien no piense igual que pienso yo. Ah, ¿Pero acaso el retrógrado mexicano o español o francés tuvo alguna vez amplitud de criterio? ¿Acaso aquella absurda actitud que deja escrita en nuestra historia mexicana páginas de sangre, de gentes que proclamaban conscientemente como plan de vida para el país la persistencia de lo que llamaban en su grito de guerra y sus lemas políticos: religión



y fueros? Es decir, influencia definitiva y total de la religión, una religión concreta en la vida del país; y fueros, es decir, privilegios, privilegios de casta para el militar pretoriano; fueros para el terrateniente, etcétera, etcétera.

No, la vida humana no puede detenerse, ni se detuvo nunca la historia del mundo, ni puede detenerse la nuestra, ojalá que nuestro régimen actual siga inspirándose en lo que tiene de eterno la Revolución Mexicana; ojalá que nuestro Presidente tenga la suprema fortuna y el supremo acierto de decir, en su viaje actual por una zona importante del mundo, ligada apenas a los principios de la libertad moderna, ojalá tenga siempre el acierto de proclamar con tono seguro y optimista la clara voz de México, en lo que México tiene de eterno y de respetable para el resto del mundo, expresando así principios universales "con un claro acento provinciano" para glosar a nuestro poeta López Bermúdez. Ojalá que nosotros, serenados ya por el transcurso de los años; creyentes todavía en lo que la Revolución tiene de eterno y de respetable, sepamos comprender a la juventud de hoy y vivamos también un poco para ella, siquiera sea por la sonrisa comprensiva y humana.

Amigos, he creído en la Revolución Mexicana, todos hemos sentido fe en ella, acaso con momentáneos desfallecimientos; creo que pasó para mí que, alguna vez, puede ser lógica y humanamente intransigente el momento en que deja de hacerse un esfuerzo para comprender a los demás y se declara a aquél que no pertenece a nuestra capillita, perdido y condenado; la época en que dejamos de comprender a los que no piensan como nosotros, y al hablar de tolerancia no me refiero sólo a las facciones revolucionarias, que una vez en el plano inclinado de esta idea, es lógico y natural y leal el ser también comprensivo y tolerante para la facción conservadora, en cuanto pueda tener en su seno hombres leales, hombres de buena fe que proclaman rectamente, desde su punto de vista y de acuerdo con su formación personal, la conveniencia de defender o mantener tales o cuales conquistas que no son suyas ni de una clase sino del género humano. Comprensión para todos, que sólo una leal comprensión puede llevar a los mexicanos y a los revolucionarios mexicanos, a la unidad de la que estamos tan dolorosamente urgidos.

Amigos, por México, por todos y cada uno de los revolucionarios, no sólo de los próceres de la Revolución sino también de los revolucionarios anónimos: el impresor, cuyo nombre se ha perdido para la mayoría de las gentes, que arriesgó también su propia, modesta vida, y el pan de sus hijos, imprimiendo el discurso revolucionario de Belisario Domínguez. Por los anónimos que distribuyeron, en la obscuridad de la noche a veces, en esta Ciudad de México el año de 1913, y en las capitales y pueblos de provincia, el discurso revolucionario de Belisario Domínguez. Estos anónimos también han escrito la historia, también con su pequeño sacrificio, sacrificio modesto, su esfuerzo único y personal, han contribuido al advenimiento de una época mejor. Por ellos, por los veteranos de la Revolución, por los anónimos y tantas veces desconocidos luchadores modestos, esperamos que el régimen revolucionario se inspire en un eterno ideal de justicia, reconociendo que la historia no la escriben solamente los hombres superiores, los que llamaba Carlyle representativos, sino que a ella contribuimos, en alguna medida, todos a escribirla.

Faguet, el claro pensador francés, en alguna de sus reflexiones, quizá en aquellas que él llamaba los diez mandamientos en el tomito que llama Del Amor a la Patria, expresa su deseo, su voto, porque la Patria no sea sólo nuestra madre común, como es el sentimiento y la reflexión general, sino que sea también, gracias al esfuerzo de todos y cada uno de nosotros, un poco hija nuestra, un poco hija de nuestro sacrificio y de nuestro esfuerzo personal.

Al Senado permítaseme concluir agradeciéndole lo que tiene de estimulante la recompensa que se ha dignado concederme; a los amigos que han creído siquiera equivocadamente, sinceramente siempre, en la bondad de esta decisión; a todos muchas gracias y, amigos, nuestro voto más hondo y más sincero por una Patria mejor.